

FR. GERUNDIO.

LOS VILLANCICOS.

La costumbre adquirida en tantos años como estubo en el convento de ir al coro a cantar los maitines en la noche de Natividad me llevó sin advertirlo, y como maquinalmente la del 24 á la Catedral. Apenas hubo entrado en el santo templo, cuando hirió mis tímpanos una música marcial y animada, cuyos ecos y aire guerrero me dejaron un poco suspenso, y me hicieron dudar si me durarian aun los delirios de mi fiebre, y cambiando la direccion y los lugares, me habria encaaminado al teatro en vez de ir á la Catedral, y estaria oyendo el himno de Riego o la marcha del Coradino en lugar de los salmos de David, ó de los Villancicos del nacimiento. Me

miré, me palpé, pregunté á Tirabeque que me acompañaba quiénes éramos y en dónde nos hallábamos; y habiéndome respondido éste: señor, somos V. y yo, y estamos en la Catedral, me convencí *de que era yo, y estaba allí*. Volví á escuchar, y oigo una voz de tiple que cantaba:

“Hoy se ha quebrantado el yugo
que oprimia á los mortales;

.....
mirad, mirad cual escapan
los enemigos cobardes;
mirad cual huyen confusos
cubiertos de un temor grande.”

En seguida empezaba el coro, y percibí que decía así la letra:

“A las armas todos,
empiece el combate,
perezca el tirano,
que nadie se escape;
que teman, que lloren,
que jiman, que rabien.”

La estraña coincidencia de salir á este tiempo algunos canónigos del coro hácia la sacristia me hizo sospechar si acaso la letrilla

se dirigiria á ellos, pues sabiendo yo, como sabia, que tienen á los músicos á medio sueldo, temí que á imitacion de nuestras *sufridas y virtuosas* tropas se hubiesen sublevado contra sus Gefes por la disminucion de pagas. Afortunadamente me desengañó y tranquilizó Tirabeque diciéndome que el salirse los canónigos del coro, no era una prueba de que se dirigiese contra ellos la cancion guerrera, porque habia observado él que no necesitaban de ese motivo para salirse del coro y que la coincidencia no era estraña, sino muy comun. Escuché otro poco á ver si percibia las palabras de la letrilla entre los cromáticos sonos de los instrumentos; y escuchaba con tanta atencion como pondria una dama de los siglos del romanticismo, por ejemplo una Lucinda ó una Leonor por percibir la letrilla amorosa que acompañada de guitarra la dirigiese algun Alvaro ó algun Ramiro altas horas de la noche desde la parte del jardin que cayera debajo de la reja de su dormitorio. No me fue difícil á beneficio de un obligado de trompas oír que decia asi la letra.

“Suenen las trompetas
y los roncós parches,
el preñado bronce
á todos espante.

A la lid sangrienta,
 todos se preparen,
 al arma, y salgamos
 ya de tantos males.
 Al arma corramos,
 las ansias se acaben,
 los sustos, congojas
 y penalidades.”

Pues señor, dije yo, ó aqui se arma una sublevacion filarmónica, y los instrumentos músicos van á andar por el aire disparados como los dardos y flechas en las batallas de los tiempos anteriores á la invencion de la pólvora, y las clavijas se van á apretar en las cabezas de los canónigos ó acaso de los curiosos oyentes, y va á haber un furioso y trágico desentono, ó no estamos en el año 37, sino en el 36, y se va á atacar á Bilbao (por lo que yo no estrañaria que hubiésemos retrocedido un año justo); y esto que á mi me parece la balla que va del coro á la Capilla mayor es el puente de Luchana, y aquello que se me representa un altar es el fuerte de Banderas, y aquel que creo un órgano es la bateria que ha de atacar, y estos que están en estos sitios son facciosos: ó están locos los músicos, ó yo no soy Fr. Gerundio.

En estas ideas é incertidumbres estaba fluctuando, sin haber reparado que me faltaba Tirabeque, cuando étele que se me presenta armado de fusil y bayoneta con todos los demas pertrechos de campaña, y que me dice: señor, yo ya estoy listo; ¿por dónde se principia á atacar? que ya era hora de dar una accion despues de tantos meses como llevan los ejércitos mirándose.—Homabre, tú estás loco tambien.—Pero señor, ¿no nos están diciendo:

Al arma todos,
salgamos de ansias y penalidades,
y acabense cuanto antes nuestros males?

¿Quién al oír esto no se llena de fuego y sale á matar lo que pueda, aunque no sea soldado? Yo no sé, señor, como se contienen los Generales, sin atacar al enemigo meses enteros, cuando todo el mundo les está diciendo: atacar por Dios de firme, y sáquennos cuanto antes de tantos males y penalidades; atacar por Dios, y que cuanto antes se acaben. Y ellos quietos que quietos. Señor, yo no tendria flemma para eso. Con que dígame V. por dónde acometo: ¿quiere V. que empiece por el cerro, que es donde parece que está la grueña?—Témplate, Tirabeque, témplate; que me

parece que á pesar de los muchos anuncios de música y voces, no tenemos acción. Pero no extraño la impresión que te ha hecho este himno guerrero, porque lo mismo le sucedía al grande Alejandro, que cuando le tocaba el famoso músico Timoteo ciertas tocatas, se poseía tanto del furor bélico que echaba mano á las armas como si tuviera presentes los enemigos. De índole mas blanda y apacible que la tuya era el rey Enrico II de Dinamarca, llamado el Bueno; y en una ocasion le enardecíó tanto una sonata furiosa, que poseido de cólera se arrojó sobre sus domésticos y mató tres ó cuatro de ellos. Esto te lo digo para demostrarte que aunque eres un Lego cojo, feo y despreciable, te asemejas en algunas cosas á los Reyes y Emperadores.—Señor, de poco me sirve parecerme á ese Rey Rico que V. dice, si yo no puedo salir nunca de pobre, ni tengo criados á quien matar, por mucho que me enfarezca.

Escuche V. ahora lo que canta el tiple:

“Al oír el son de la sagrada trompa
no hay parte del fortín que no se rompa.”

—Amigo, esto es semejante al famoso pasage de la Jerusalem del Taso:

*Chiama gli abitator dell' ombre eterne
il rauco suon della tartarea tromba,
treman le spaziose atré caverno
è l' aer cieco a quel rumor rimbomba.*

—Señor, aqui venia bien el ruido de la zambomba, que le estaria como de molde en esta noche: y escuche V. otro poco, que ahora va lo bueno.

“Que llore el tirano;
que jima oprimido
al verse vencido.....”

.....

“Trabajas en vano,
porque él es mas fuerte
y te ha de dar muerte,
pese á tu valor.”

Señor, no parece sino que eso lo dicen por D. Carlos: y como ahora deberán estar locos de contentos por haberse negado la sancion al proyecto de arreglo del cléro, no desearán mas que acabar con él..... — ¡Sabes lo que me recuerda este pasage? Cuando D. Quijote arremetió por entre las manadas de carneros que se le representaron como dos grandes ejércitos, y queriendo vengar al valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo (que seria algun carnerazo de tomo y lomo), gritaba diciendo: “¡á dónde es-

tás, soberbio Alifanfaron ¿ vente á mí, que un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar tus fuerzas, y quitarte la vida en pena de las que das al valeroso Pentapolin Garamanta.”--Señor, eso quiere decir que no hay tal batalla, ni tales cañones, ni tales facciosos, y que no me hace falta el fusil por ahora.--No hombre, no: si lo que ha cantado y tocado esta gente es un villancico al nacimiento de nuestro Redentor, y sin duda han querido figurar una batalla del niño Dios con Belcebú, príncipe de los demonios. (1)-- Señor, Belcebú, príncipe de los demonios, parece que fue el que inspiró al compositor del villancico semejantes versos, que me hicieron creer que se iba á dar una accion general aqui en la catedral, ó que se nos habia venido por ahí D. Carlos, y íbamos á salir todos á ver si acabáhamos con él.-- Tirabeque, Tirabeque! gente de villancicos, y tocar al arma para acabar con él..... eres muy lego; ¿ no ves que quedarian irregulares? (2)

(1) Los versos que van entrecorados son exactamente del villancico que se cantó, cuya copia auténtica obra en mi poder.

(2) Supongo que no habrá quien atribuya á este artículo intencion de ofender á la ilustre corporacion, ni aun á los músicos: y si alguno hace este juicio, que salga al frente, y llevará su Capillada.

QUINCE REALES.

¿Cómo se habian de imaginar nuestros abuelos que habian de llegar tiempos en que los sermones de tres meses, á sermon por semana, puestos en letras de molde, pagados los gastos de correo y demas accesorios, habian de costar... vaya, si da vergüenza decirlo... la miseria, señores, de 15 rs.? Cuando venian á la madre España surcando esos inmensos mares que nos separan del nuevo mundo las flotas cargadas de Mejjicanos, ¿quién podria sospechar que en el año 38 (si llegamos allá) habia de haber un Fr. Gerundio que predicára tres meses enteros por miserables tres columnarias? Misioneros de Guatemála, del Paraguay, y del Perú; de la Cochinchina y del Japon, del Malabar y de Manila, salid de vuestras tumbas, y venid á pasmaros de este prodigio de baratura! Casi mas valiera predicar de valde como vosotros, ya que os imito en la esposicion al martirio, pues si vosotros os esponiais á que os sacrificára una turba de idólatras, Fr. Gerundio se espone á ser mártir de un jurado. Válgame Dios cuánto se sufre per la religion de Jesucristo!

Pero aun no es este el prodigio mas asombroso: lo mas estupendo é increíble está, en

que á pesar de toda esta inimaginable baratura aun se hallan personas que teniendo por dinero 15 reales y gustando de leer á Fr. Gerundio, prefieren andar mandandole á pedir á casa del vecino que á veces le dá á regañadientes y por pura política, á hacer una suscripcion conforme á la ley natural y al derecho de gentes. Impávido Colon, inmortal Vespuccio, generoso Cortés, intrépido Pizarro, ¿qué diriais, si vivierais ahora, de esta inaguantable cutreria? ¿Tendriais por dignos hijos vuestros á estos españoles? Para esto les proporcionasteis vosotros el descubrimiento del Potosí? ¡Quince reales, y no se suscriben al Fr. Gerundio! ¡Vergüenza, oprobio, escándalo, miseria, liviandad!!!!

EL EMBARAZO DE FR. GERUNDIO.

Y LAS VIRGINIDADES.

Sin embargo que á Fr. Gerundio ni nadie ni nada le embaraza, y que es bien conocido por el desembarazo con que gerundia á toda alma nacida y á todo cuerpo que rebulle, natural, espúreo, legítimo ó putativo;

la circunstancia de vencer con este mes los nueve de su publicacion, pues este tiempo ha- ce que fue concebido dentro de este mi crá- neo en un acto de extravagante comercio del cerebélo con la glándula pineal, me le hace comparar á un embarazo de muger, bien que mi imaginacion deba con mas propiedad llama- rse una *imaginacion coneja* por la continua- cion y frecuencia con que concibe y pare: con la particularidad que no da muestras de este- rilizarse tan pronto: no parece sino que los partos la robustecen y fecundizan. Y aunque los Gerundicos salgan feos, contrahechos y ri- dículos, la evidencia de que son hijos legítimos míos y solo míos, me les hace mirar como lin- dísimos Narcisos y bellos Apolos.

Váyase esto por tantas virginidades co- mo distinguen y singularizan al año 37 que está espirando: ¿quién creeria que el año 37 ha sido el año de las virginidades? Nadie á no demostrarlo Fr. Gerundio. Si; año estéril, año infecundo, año roñoso, año impotente; tú se- rás notado en la rueda de los tiempos con el sello de la virginidad, porque solo has sido abun- dante en virginidades! Vete con Dios, y no vuelvas; vete con la Virgen, y no tornes ja- mas. Todos salimos vírgenes de ti: vírgenes los esclaustrados, vírgenes los cesantes, vírgenes los

retirados, y.... ¿se podría creer? hasta las vír-
 das salen vírgenes de tí! Y sino, dime; ¿se nos
 ha dado alguna paga correspondiente á algu-
 no de tus meses? No, ingrato, no; que aun
 se nos deben cinco ó seis de tu antecesor. Las
 únicas que de tí no han quedado vírgenes son
 las monjas: así habia de ser para que todo en
 tí fuese contradictorio y raro; y aun con esas
 te has portado lo peor que has podido, pues
 las faltan ya tres ó cuatro meses. Y aun con
 respecto á la guerra has engendrado algo por
 ventura? No: todo lo has dejado *en embrión*,
 y quiera Dios no hayas ahogado el feto en
 el vientre de la España por los excesos que
 ella y tu habeis cometido, y nazca despues
 muerto, ó venga el parto al revés, y se nos
 desgracie de todos modos.

Pero al fin, engendraste una Constitucion,
 y esto basta para que Fr. Gerundio no pue-
 da olvidarte. Solo le queda el temor de que
 la corrompan antes de la pubertad hombres
 adúlteros é inmorigerados. Mucho te la florea
 todos, mucho te la obsequian y galantean: ¿se-
 rán medios de seducción? Ello dirá.

—caga—

LAS MAS-CARAS.

Mas-caras hay cuando hay máscaras que
 cuando no las hay. Verdad innegable al pa-

recer, y que para muchos será tan evidente como un axioma: ¡qué digo para muchos! Acaso para todos menos para Fr. Gerundio. Lo general es ver mas caras en las máscaras, porque cada enmascarado lleva por lo menos dos, una natural y otra postiza. Pero Fr. Gerundio tiene otro modo de discurrir y de ver las cosas. Fr. Gerundio observa que cuantas mas caras hay, mas descarada está la gente; de consiguiente cuantas mas caras hay, hay menos. Verdad tambien innegable. Y aqui tienen VV. dos verdades opuestas, que parecian verdades ambas, y despues fueron mentiras, y luego volvieron á ser verdades. Milagros de la lógica particular de Fr. Gerundio.

Dos motivos me llevaron la noche del martes (á mi Fr. Gerundio el de los Villancicos del domingo) al coliséo á ver la funcion de máscaras dispuesta por el Cefe Politico y Ayuntamiento de la Capital. 1.º El destinarse sus productos para subvenir á las necesidades del Hospicio, por cuya proteccion yo tanto he clamado (con el consuelo de no haber predicado en desierto); no porque me liquen, ni piense que me hayan de ligar á la casa ¡Ave Maria purísima! otros vínculos de parentesco que el que nos une á todas

las criaturas racionales desde el maldito repinaldo con que se obsequiaron los dos primeros cortejos del mundo, (que permita Dios hubieran encontrado al echarle el diente un coco como un lagarto y escusaba habernos dado á todos tantos dolores de tripas.) Sino porque de ello me hago un deber de caridad. Y segundo porque de no asistir, aquello hubiera sido un catecismo de preguntas y respuestas.--¿Dónde estará Fr. Gerundio?--No sé.--¿Cómo no habrá venido Fr. Gerundio?--Has conocido á Fr. Gerundio?--Y en cada enmascarado se hubiera creído ver un Fr. Gerundio. Cuando es tal la sencillez y naturalidad de Fr. Gerundio que no acierta á *disfrazarse*: en todo singular, acaso es el único hombre que no anda siempre *disfrazado*, perdóneme la humanidad entera. Asi es que siempre se presenta tal como es.

Se me olvidaba decir que el tercer motivo que tuve fue haberme dado la gana. Pero es un trabajo para mí presentarme en semejantes funciones. El público se ha pronunciado por las Capilladas, y no hay careta de cuya boca grande ó chica, abierta ó replegada, dentada ó babosa, no salga una voz que diga: cuidado con que des una buena Capillada sobre las máscaras: no nos defraudes de

ella, mira que te se presenta materia en abundancia. De modo que, ó he de chasquear al público leonés, ó he de entrar desde luego en una materia que yo reservaba para mas adelante. Pero dividirémos el sermón en varias partes, y este será como el exordio de mi discurso. Estadme atentos.

¿A qué compararé yo un salon de máscaras? ¿Le compararé á una gran jaula de locos ó á una casa entera de Orates? Bien puedo; porque en él cada personage representa una mania, y hay maniáticos que andan siempre cambiando de especies de locura: hay hombre que tan pronto es Obispo, como maragato; tan pronto un Rey moro como un estudiante sopista; tan pronto Úsar de la Princesa como monge Bernardo; y en algun lucido intervalo le da por quedarse en su trage ordinario y natural, se des-disfraza (voz nueva), y aparenta tener juicio: otra mania: lo que resulta es que hace las locuras mas al natural. ¿Y qué diré de las señoras? Cada una es una Medéa; en cada hombre ven un Jason, y los encantos y los artificios juegan para engañar que es un prodigio: la que mas chasquea es la que mas goza: *el Engaño* es la divinidad que adora la Matrona romana, al que dirige su culto la Vestal, ante quien

sacrifica la Monja Clarisa, y á quien incienso la española antigua. Las mugeres loquean mas que los hombres; cogen mas á desco la autorizacion del disfraz, y lo mismo es ponèrsele, que antes de salir de su casa salen de sus casillas, y cuando van al salon llevan ya sus locuras hechas. Algunos tienen por mas locas á las que cambiando el sexo van vestidas de hombres, y Fr. Gerundio, singular en todas sus cosas, opina que son las mas juiciosos: son las que mas conocen las quiebras de su sexo y las prerogativas del nuestro. Pero todas y todos loquean cuanto pueden; sin mas diferencia que algunos se ponen rematados de veras, y cuando se trata de curarles se suele llegar tarde, y les dura la mania toda la vida.

Para que la comparacion de las máscaras con la casa de locos sea mas exacta faltaba la presencia de un Cómitre. Aqui en Leon ya está Fr. Gerundio, que sin necesidad de mas latigazos que sus Capilladas, sin mas reprehension que su presencia, no deja de contener ciertos raptos de locura. Su ojo observador y el temor de Capillada son los únicos diques que contienen algunos arrebatos, porque, desengañémonos, en tales casos, el temor y respeto á las madres desaparece, ó se burla en-

tre la muchedumbre su vigilancia, ó las madres enloquecen lo mismo que las hijas, y échase V. á discurrir. Aun estando el Argos de Fr. Gerundio, todavía se le meten algunos locos en los cuartos oscuros del interior del teatro, y todavía se pasan de mano á mano algunos papelitos sin que él pueda conocer la mano dante ni la accipiente; con que, qué será donde no haya un Fr. Gerundio?

¿Compararé un salon de máscaras al mundo? También puedo: pero no es una comparacion nueva; porque ¿qué es el mundo sino un espacioso salon de máscaras, ó una gran casa de Orates? Sin embargo, para Fr. Gerundio representa un salon de máscaras una cosa todavía mas grande que lo que comunmente se llama mundo. Representa el cielo, la tierra, los mares, el infierno y el purgatorio; no solo porque en él hay personajes que figuran dioses, demonios, marineros, y habitantes de todos los países de la tierra: no solo porque allí se ve un vestido estrellado, un traje que imita las llamas, un pantalón lleno de escamas como un besugo, una persona emplumada como una águila, pájaros de todos colores, y cazadores también pajareros; sino porque algunos encuentran allí su gloria ó sus glorias, otros pasan las penas

del purgatorio, y para otros es un verdadero infierno, ó una muerte tormentosa; de modo que excepto el *juicio*, todos los novisimos del alma están allí. Además de los muchos diablejos que tientan, atizan y queman almas, los celos aumentan las penas *de sentido*, y el disgusto de no poder reconocer la cara que se busca debajo de la otra cara sobrepuesta suele llevar la pena *de daño* hasta la desesperacion. Y á veces no desespera menos haber empleado toda la noche en prodigar flores, incienso y dulces á una máscara de hermosa tez y lindas facciones, y hallarse por remate de funcion con una cara que debia ser máscara de la máscara. ¡Terrible imágen de la apariencia y halagüeña atraccion de los placeres mundanos, y del amargo fruto que se recoge de ellos! En fin un salon de máscaras es el universo físico y moral concentrado entre cuatro paredes: es una escuela de locos en donde puede aprender mucho un hombre de juicio: es el mundo en miniatura: es un tomo desencuadernado de filosofía moral, y un alfabeto descompuesto de letras heterogéneas, con las que hace un Fr. Gerundio sus combinaciones particulares de letras y frases.

Pero lo que á nadie en la vida le habrá

ocurrido mas que á Fr. Garundio es comparar un salon de máscaras á la *eternidad*. Y no hay dos cosas mas parecidas; porque si la eternidad es la reunion simultánea de todos los tiempos en un punto, es evidente que en el local de las máscaras se representa al vivo esta coexistencia de años, épocas y siglos. Junto á un patriarca de la primera edad suele andar uno vestido segun el último figurin de Paris; al lado de un sacerdote del tiempo de Numa Pompilio se deja ver una monja del año 37 acabada de exclaustrear; al par de un reformado Franciscano marcha un Capellan de movilizados; una Venus va de pareja con un Togado de Chancillería, un Neptuno con una Manola, el Sultan Mahomet I. con una Valenciana; y otro que representa al viejo Noé lleva del brazo izquierdo á una Nereida, y del derecho á una Pasiiega cargada de arrecadas y corales: congregándose de este modo en un recinto los tiempos anteriores al diluvio con las edades fabulosas, y con este siglo XIX que llaman de lo positivo, y yo llamo el siglo de las apariencias, de las máscaras y de las locuras. ¿Puede pues darse una noche mas parecida á la eternidad?

Engolfado estaba yo en aquella *eternidad pasagera*, cuando veo entrar la caja del cor-

reo para el Gefe político. A poco rato me tomé la libertad de acercarme á aquel señor y preguntarle: ¿hay alguna novedad? A que me contestó: "no hay cosa particular, sino que nos vienen á visitar doce á catorce batallones facciosos." O siglo da lo positivo, exclamé yo; ojala no lo fueras tanto! y ya no pude tener tranquilidad en toda la noche. Pero los locos siguieron con su humor y sus locuras, á semejanza de otros locos que se entretienen locamente en enmascararse, sin querer creer que lo mas positivo de este siglo son los facciosos. ¿Si tendremos juicio alguna vez?

ERRAVERUNT.

Señores suscritores, tómense VV. la molestia de añadir un ce diptongo de su mano y pluma á la palabra *fistul* que se halla en la página última de la Capilla-da 38; de modo que diga *transeant fistulæ*, y no *transeant fistul*. Como era día de noche buena, no es extraño que los impresores se tragaran una letra. Ni sé cómo no se comieron mas.

FIN DEL TERCER TRIMESTRE.

Editor responsable D. CARDIDO PARAMIO.

LEON: imprenta del mismo.